

RAÚL RANGEL FRÍAS EN MI RECUERDO

Israel Cavazos Garza*

Mi conocimiento de la figura del licenciado Raúl Rangel Frías está ligado al origen de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística. El Ayuntamiento de Monterrey presidido por el profesor Manuel Flores, creó en 1939 una Comisión de Investigaciones Históricas. La presidió el doctor Amado Fernández, pero muerto él en ese año le sustituyó el secretario, licenciado Santiago Roel.

El grupo llegó a contar con veintinueve miembros, entre los cuales figuraron: Carlos Pérez-Maldonado, Manuel L. Barragán, Eugenio F. Castellón, etcétera.

Esta comisión se convirtió en la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, fundada el 17 de mayo de 1942 por Timoteo L. Hernández, Santiago Roel y otros y que, en igual fecha del 2012, celebró su setenta aniversario.

No obstante mi juventud –tenía entonces 19 años– desde su origen estuve vinculado a esta Sociedad. En el 42 asistía yo al Archivo Municipal de Monterrey, en busca de información sobre la historia de mi natal Guadalupe. En el 43 concurrí a algunas juntas de la Sociedad, celebradas en un aula de la antigua Escuela Nor-

* Investigador y cronista. Guadalupe, Nuevo León. Estudió Historia en El Colegio de México. Catedrático fundador del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Miembro de la Academia Mexicana de Historia.

mal, en la calle Juárez, sin ser miembro todavía. Mi diploma de ingreso tiene fecha de 7 de junio de 1944.

Todo esto para decir, que por marzo del 44, la Sociedad me pidió llevar una comunicación al licenciado Rangel. Del Archivo en el Palacio Municipal Antiguo, caminé a la cercana calle de Matamoros.

Encontré allí al joven abogado, el licenciado Rangel. En ese mes había cumplido 31 años. Vestía de blanco y observé sus anteojos de gruesos cristales. Hacía dos años se había casado con Elena Hinojosa, saludé a ella y al licenciado Alonso Hinojosa, su padre, residente en esa casa.

Fue así como conocí al licenciado Rangel Frías. A partir de entonces coincidimos en diversas reuniones de carácter cultural, en las cuales recuerdo haberle oído comentar algún texto aparecido en *Armas y Letras*, publicación universitaria fundada por él.

Al regreso de mi formación profesional en El Colegio de México, en 1951, entré al restaurante Sanbor's, de Morelos y Escobedo, en la casa natal de fray Servando. Saludé allí, en la barra, al licenciado Rangel, quién conversaba con el periodista Manuel Plowells, hijo del también periodista del mismo nombre.

Rangel había sido designado rector de la Universidad de Nuevo León dos años antes, en 1949.

Surgió en ese encuentro la creación de un Departamento de Historia, en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras, recién fundada por él. Mi nombramiento de director de ese departamento, con sueldo mensual de 300 pesos, es de fecha 15 de diciembre de 1951. Allí mismo formuló el programa de la nueva dependencia universitaria: Un seminario de investigaciones, y un curso de metodología; emprender la redacción de una biobibliografía de Nuevo León. Además, un curso de humanidades (que fue impartido inicialmente por el doctor Felipe Pardiñas); etcétera.

Biblioteca Universitaria

Otra preocupación del licenciado Rangel como rector, fue la creación de la Biblioteca Universitaria. Para ello fueron reunidos varios

fondos. El muy modesto de la Biblioteca del Colegio Civil; el de la antigua Biblioteca Pública del estado. Personalmente participó en su rescate. Confinada en bodegas de la Escuela Fernández de Lizardi, donde fue muy mermada. Había sido echada de su espléndido recinto en el Palacio de Gobierno, por la calle de Zuazua con motivo de la ampliación de la tesorería. Otro importante acervo bibliográfico, (20,000 volúmenes) fue el de la biblioteca de don Emeterio Valverde y Téllez, obispo de León, recientemente fallecido. Adquirida por la Fundidora, la donó a la universidad.

Fue instalada en el tercer piso del edificio de la actual Preparatoria 2, en el extremo poniente de la calle Matamoros. En noviembre de 1952 fue inaugurada por el presidente Miguel Alemán. Me hizo el licenciado Rangel la distinción de nombrarme primer director. Tenía él su domicilio por José Benítez, continuación de Matamoros, a la falda del Obispado. Debido a ello, a diario detenía su automóvil en la Biblioteca, y no una sino varias horas permanecía revisando, (yo diría: acariciando) libros de su interés.

Recuerdo que en el primer piso del edificio estaba el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad, a cargo de doctor Eduardo Aguirre Pequeño. Allí veía al doctor Stern, perdido entre la colección de animales disecados.

Fui allí testigo de un violento incidente. En un día feriado fui a la Biblioteca. El edificio estaba completamente solo. Escuche que un automóvil enfrenó, ruidosamente. Era el doctor Mateo A. Sáenz, quién rápido subió por la escalera exterior al segundo piso. Otro automóvil se detuvo. Era el padre Jorge Rady. Le venía siguiendo. Se produjo entonces un diálogo, que prefiero no reproducir. Rady conminando al doctor a bajar. Este sin acceder a ello. Tiempo después supe que estando el padre con un grupo de braceros a los que solía apoyar, pasó el doctor y con voz estentórea gritó a los braceros: No se crean de ese de las “naguas”. Y empezó allí la memorable persecución.

Don Manuel L. Barragán y don Joel Rocha, impulsaron mucho la biblioteca. Recuerdo que patrocinaron una conferencia del historiador Arturo Arnáiz y Freg, con asistencia numerosa. Don Manuel,



Humanitas Historia

por su parte, ideó la publicación que el mismo tituló *Inter Folia*, de larga duración.

No dejaba la biblioteca de estar alejada de los lectores. Fue por ello que el licenciado Rangel, ya como gobernador, promovió su cambio al centro de la ciudad. Para ello, adaptó los bajos del monumento a Mariano Escobedo, entre el Palacio Federal y el de Gobierno. El recinto quedó espléndido. Amplia sala de lectura. Al fondo, mural de Jorge Rangel Guerra. Música ambiental. Estantería y mesas de lectura, metálicas. Enriquecimiento con los fondos de Salvador Toscano y Ricardo Covarrubias. Ciclos de conferencias. Recuerdo que don Alfonso Reyes sustentó una con el tema: “Mi idea de la historia” y que el bromista incorregible de Antonio Pompa y Pompa tradujo como “Ni idea de la historia”.

Tuvo la biblioteca proyección internacional. Participó en congresos en diversos países. En uno, el de Buenos Aires, tuvimos el privilegio de conversar con Borges. Fue la biblioteca mi universidad. “Jugué” varias veces a entrar a oscuras a buscar un libro, “tentando” conté los estantes; conté los entrepaños y contando los libros encontré el que buscaba. La tuve a mi cargo durante diez años, hasta 1962.

Cátedra de historia

Por cuanto al Departamento de Historia, funcionó a partir de febrero del 52, en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras, fundada por Rangel Frías.

La facultad incluyó en su programa la cátedra de historia de México, enfocada al estudio de su metodología. Fue puesta a mi cargo por nombramiento del 25 de septiembre de 1953; firmado por el profesor Antonio Moreno, secretario General en funciones de rector.

A la escasa media docena de alumnas inscritas, había advertido el licenciado Rangel que la clase no sería impartida en la facultad (Washington oriente 416) sino en mi oficina del Archivo Municipal. La idea era de formar investigadores al contacto directo con



Israel Cavazos Garza

los documentos. Más tarde me enteré de que las alumnas lo interpretaron como que el profesor era un anciano decrepito impedido de asistir al edificio escolar. (Yo tenía entonces 30 años).

Recuerdo entre las primeras alumnas a Yolanda García Núñez, Laura Ruano y Alicia Quiroga. Señalados los temas, empezaron a investigar en el Archivo de la Catedral, en el General del Estado y en el Municipal de la ciudad, con resultado halagador.

En cursos posteriores participaron Elvira Aguilera, Dalia Gutiérrez, Eladismer González, Adelita Iglesias y Lilia E. Villanueva, quién habría de ser mi esposa. No necesito anotar que una madrugada un automóvil se detuvo frente a la casa de Adelita Iglesias, en la calle Diego de Montemayor, la subieron violentamente y jamás volvió a saberse de ella. A mí me dejó un buen trabajo escolar de 51 páginas. Sobre el poeta Juan B. Delgado, que conservo, fechado en diciembre de 1960, año hasta el cual tuve a mi cargo esa cátedra.

Archivo General del Estado

En 1947 había empezado yo a trabajar en el Archivo General del Estado, en busca de información para mi primer libro: *Mariano Escobedo...*, impreso dos años más tarde.

Esta dependencia oficial estaba en la esquina Noreste del Palacio de Gobierno. A su lado, hacia el sur, se hallaba la Biblioteca Pública del Estado, espléndidamente instalada. La altísima estantería del archivo rosaba el techo. Una pesada escalera móvil servía para alcanzar lo de más arriba. Alguna vez resbaló hasta el piso, conmigo en el penúltimo peldaño.

La documentación, separada por años; formaba enormes legajos envueltos en grueso papel manila. A fines de 1940 ya no cabían más papeles. Los que llegaban, quedaban en los rincones en desordenado hacinamiento.

En el sótano (conocido por el personal como “sotanito”) no muy amplio, rollos de planos y mapas en grandes tubos de hojalata emmohecida. Varios grandes baúles con la correspondencia Vidaurri (más de 16,000 cartas.) También los libros duplicados del Registro

Civil, incluyendo los de Coahuila, de cuando formó parte de Nuevo León). Por supuesto también los de Cuatrociénegas, y allí el Registro Civil de Venustiano Carranza, legítimo “Nuevoleocoahuilense”.

Era este el aspecto del Archivo General cuando Rangel Frías me nombró director. Mi nombramiento está firmado por él, como gobernador, y por el licenciado Roberto Hinojosa, como secretario General, el 9 de diciembre de 1955. Se llamaba entonces: Archivo de la Secretaría General de Gobierno. Yo le impuse el nombre de Archivo General del Estado.

Tuve allí experiencias inolvidables, como la de atender a ilustres investigadores, tales como don Daniel Cossío Villegas, a la doctora Nettie Lee Benson, etcétera. Les ofrecí para trabajar un antiguo escritorio de cubierta verde, que fue del gobernador Bernardo Reyes.

La falta de espacio impedía hacer innovaciones. Emprendimos algunas lo mejor que pudimos. El gobernador Rangel Frías, asiduo visitante, entendió estas carencias y dotó al archivo de un amplio edificio en la esquina de Washington y Doctor Coss, inaugurado en 1959.

Museo del Obispado

Construido en la década de 1780, el Palacio del Obispado estaba en alarmante decadencia. Fue el gobernador Rangel Frías quién, de inmediato, emprendió su restauración. Contrató al arquitecto Joaquín A. Mora. Pronto los viejos muros cobraron nueva vida.

El mismo licenciado Rangel, durante su gobierno, promovió la idea de convertirlo en museo. Vinieron de México museógrafos y se trabajó en obtener piezas de valor histórico. Yo trabajaba en la biblioteca, a la falda de la loma y subía todas las tardes.

Hacía tiempo había conocido al general Pablo González. Protegido por el gobernador Arturo B. de la Garza, le cedió una modesta casa en la que vivía al norte de la ciudad. Allí le entrevisté y me donó varias banderas históricas, entre éstas la de la Convención de



Israel Cavazos Garza

Aguascalientes. También una colección de óleos de militares revolucionarios. Todo quedó en el Museo Regional de Nuevo León, que fue inaugurado el 20 de septiembre de 1956.

Humanitas, 1959

Otra institución importante debida, en gran medida, al licenciado Rangel, es el Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León. El doctor Agustín Basave fue su primer director, pero es constante que surgió a iniciativa del licenciado Rangel en enero de 1959 en su carácter de gobernador.

Con esta investidura impulsó a este centro, auspiciando la edición de algunos libros, en particular la *Historia de Nuevo León* del cronista Alonso de León, escrita en 1649. Era el gobernador devoto lector de esta obra, tanto, que le oí pronunciar de memoria párrafos enteros. Su admiración por el personaje le llevó a construir, durante su gobierno, una escuela en el centro de Guadalupe, en 1961, imponiéndole el nombre del cronista.

Impulsó también la publicación del Anuario *Humanitas*, que desde su primera edición ha aparecido ininterrumpidamente desde 1960. De sus cuatro secciones: Filosofía, Letras, Ciencias Sociales e Historia. Me ha correspondido tener a mi cargo esta última, por nombramiento de 10 de enero de 1959; encargo que he tenido hasta ahora a través de más de medio siglo.

Dirección de Investigaciones Humanísticas

Años más tarde tuve mayor acercamiento a tan ilustre personaje. En mayo de 1975 fue creada la Dirección General de Investigaciones Humanísticas de la Universidad, puesta a su cuidado. La nueva institución fue abierta en la casa que fue domicilio del licenciado Rangel, en la calle José Benítez, a la falda del Obispado.

Conservo el nombramiento a mi favor, como director de Investigaciones Históricas, firmado de su puño, el 30 de mayo del 75. No dejó de envanecerme el que me fuera otorgado (dice el docu-

mento) por “sus invaluable trabajos de investigación, así como nuestra afirmación a su innegable calidad de universitario”.

Fueron impartidos utilísimos cursos. Recuerdo el que impartió el licenciado Rangel titulado: “Problemática ideológica y situaciones conflictivas de los grupos humanos en los orígenes del Nuevo Reino de León”.

Hubo brillantes ciclos de conferencias. No olvido uno relativo a Santiago Vidaurri. Lo controvertido del personaje provocó división entre los asistentes. Al concluir, ya en la acera, poco faltó para los bandos llegaran a las manos.

Pero lo más importante fue la publicación *Actas: Historia, Letras y Artes*, con información de valor permanente.

Fue allí donde, por espacio de más de cuatro años tuve el privilegio de sus eruditas conversaciones; donde me di cuenta de la profundidad de su sabiduría en todos los aspectos del conocimiento. Fue allí donde escuché los comentarios del filósofo; del conocedor de la historia universal y local; del geógrafo, del filólogo, del político, del humanista, del cultor de todas las facetas del saber.

Fue allí donde me admiré al ver sobre su mesa de trabajo, tres, cinco o más libros abiertos, que, no obstante las limitaciones de su vista, leía o consultaba al mismo tiempo. Fue allí donde supe aquilatar la dimensión de quién, por espacio de más de medio siglo me brindó su apoyo y me dio la oportunidad de tenerle no sólo como amigo pero como maestro. Y la de haberme brindado siempre, en el momento oportuno, su generosidad y su bonhomía.

A las valiosas aportaciones que le debemos a la cultura de Nuevo León, yo le vi sumar otras de valor permanente: La Biblioteca Universitaria; la de enseñanza de la investigación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras; la de la creación del Archivo General del Estado y la del Museo Regional de Nuevo León, etcétera.

Gracias, licenciado Rangel por su inolvidable existencia: ¡Admirable, luminosa y fecunda!